

Joaquín Díaz Garcés (1)

Los Chunchos



ESTABAMOS reunidos en el pequeño salón de la casa de Ricardo, nuestro amigo del colegio, que, como ustedes deben recordar, se casó el año pasado con una de las muchachas más encantadoras de Santiago. Era uno de esos salones de casa de campo que conocemos tan bien: ventana con fuertes barrotes de fierro, a un lado; una puerta fuertemente asegurada con su tranca, al otro; mesa redonda al centro y sobre ella la lámpara de parafina con su quemador belga y la campana de cristal, balanceándose con el tiraje del aire caliente; el piano, en seguida, arrinconado y abierto casi siempre para pasar las largas veladas del campo, con las dulcísimas armonías de Schuman y los trozos inspirados de Mendelssohn, Rubinstein y Grieg.

Esa noche había principiado admirablemente bien. Abierto sobre el atril del piano un grueso cuaderno de Pagliacci, con una fantástica portada en cepia, sobre la cual se destacaba la cara de un payaso con su gorro puntiagudo, se pidió a Elena, la mu-

(1) Nació en Santiago, en 1878 y murió en la misma ciudad en 1921. Fué un periodista ágil y ameno, que popularizó el pseudónimo Rafael Pino. Sus cuentos, escritos fugazmente, sin pretensiones literarias, poseen un auténtico sabor chileno.

jer de Ricardo, que nos tocara algunas de las piezas de su repertorio. Del *ridi, pagliaccio* se pasó insensiblemente al *intermezzo* de *Caballería*

Estaba encantadora la velada. En una mesa se hacía intrincada partida de damas entre Ricardo y el mayor García; en la otra hojeábamos con la chica, hermana de Elena, un álbum de la revolución francesa, en que desfilaban jacobinos y girondinos con gorros frigios y amenazantes picas, los retratos de Mirabeau, Danton y Robespierre, y los de la infortunada María Antonieta y de la princesa de Lamballe. De cuando en cuando, caían sobre las hojas mariposillas nocturnas, tostadas en el tubo caliente de la lámpara, y que nos veíamos precisados a barrer con un soplo.

Calló el piano con las últimas melodías de una pieza de Chaminade, y Elena se dió vuelta hacia nosotros, haciendo girar el piso del piano.

—¿Qué hay? Esos jugadores todavía no se cansan. Con seguridad que ni saben lo que he tocado... Y vamos a ver usted, señorita Sara, ¿no piensa acostarse esta noche?

—¡Ay, hermana! ¡Qué lindas son estas estampas!

En el instante de silencio que siguió, se escuchó a lo lejos la canturria pertinaz de los sapos, tan suave, tan plateada como si fueran gorgoritos de agua, eternamente golpeados por un chorro. Hubo un momento en que todos pusieron atento oído a esa melodía del silencio, que parece el himno que entonan los campos al sosiego reparador de las noches serenas.

De repente, un graznido metálico, cortante, seco, sonó afuera en uno de los árboles vecinos a la ventana. Elena abrió sus ojos azules, palideció un tanto y exclamó con marcado acento de susto:

—¡Un chuncho!

El mayor García dejó caer las cartas, levantó su cara de artillero, con los gruesos bigotes erizados a la prusiana, y preguntó:

—¿Cree usted en estas supercherías, Elena?

—No... tal vez no. Pero, francamente, preferiría no sentir nunca cantar a un chuncho.

—Pero eso es una niñería, agregó Ricardo. El que después de que cante un chuncho se muera una persona, es lo que puede ocurrir después de cualquier canto. ¿Tienes seguridad de que después de habernos tocado tú ese precioso *intermezzo* de la *Caballería*, no puede morirse algunos de los presentes? ¿Echaríamos por eso la culpa a Leoncavallo? Vamos, Elena, eres demasiado inteligente para que des oído a tales tonterías.

Elena calló; pero como yo en ese momento cerraba el álbum, después de mirar la última lámina, que, si mal no recuerdo, representaba a Camilo Desmoulin en el juramento de la Cancha de Pelotas, me sentí tentado a tomar parte en la conversación.

—¿Me promete usted, Elena, no darle ninguna importancia al cuento que voy a contar?

—Antes de conocerlo, imposible.

—Es la condición esencial. Si no, me veré obligado a no contarlo.

—Acepto. Vamos al cuento.

Los jugadores dejaron las cartas y se colocaron en actitud de escuchar; empujé yo, lejos, el álbum de la revolución y principié así:

—Pasaba las vacaciones del año 93 en el fundo de *Los Rosales*, con su arrendatario Miguel Antonio Espinosa, que fué compañero mío de Universidad y un excelente amigo.

—Conocí a su padre—dijo el mayor García.

—Era cosa averiguada que llegando yo de Santiago a *Los Rosales* no se dormía. Conversábamos durante la comida, después de la comida y hasta después de acostarnos, puesto que lo hacíamos en un mismo dormitorio, que tenía una gran ventana hacia la huerta. ¿De qué hablábamos? Ante todo de la situación política, después de los amigos, en seguida de algunos temas del repertorio masculino, y por último, de literatura y arte. El

cuento era hablar hasta por los codos y en más de una ocasión, después de luminosa disertación mía sobre la pintura moderna, me encontraba con que Miguel Antonio roncaba como un bienaventurado.

Era la noche del 23 de enero. ¡Lo olvidaré? ¡Imposible! En medio de nuestra charla un grito de chuncho hizo saltar sobre la cama a mi amigo, que era el hombre más supersticioso de la tierra. Encendió la luz y me preguntó con voz verdaderamente irritada.

—¿Has oído? ¡Caramba con el animalito fastidioso!

—Ríete, hombre, de esas cosas... Como te decía, la escuela *prerafaelista* influye hoy en la pintura de una manera desesperante...

—¡Otra vez! ¡Pero has oído a esa pajarraco? ¡Tendré que echarle al cuerpo una buena dosis de municiones?

—Cálmate, hombre. Oye lo que dice Julio Lemaitre en un artículo del *Fígaro*...

—¡Cáspita con el chuncho! Fíjate cómo chilla el badulaque. ¡Pero, hombre! Esto es para perder la paciencia...

—Dice Lemaitre, que la potencia decorativa, va primando sobre el poder imaginativo de antaño. Yo, te diré, no pienso como Lemaitre; pero se me figura que no va en esto del todo desca-minado.

—¡Caramba! Yo no aguanto más esta serenata de afuera, te juro que lo mato.

Y sentí que Miguel Antonio saltaba de la cama y prendía su vela.

—Pero, ¿qué vas a hacer, loco?

—A matarlo. ¡Déjame!

—Pero, hazme el servicio de no ponerte imbécil ¿te arriesgas a coger una pulmonía, por matar un chuncho?

—A estos agoreros de cosas malas, es menester darles una buena lección, Angel. Por lo demás, tú comprendes que yo me río de las pulmonías.

Miguel cogía, entre tanto, su escopeta Lafoucheux de dos cañones, la cargaba con sus respectivos cartuchos, se introducía dos en el bolsillo, y salía determinado a acabar con el chuncho.

Me reí de la aventura, porque aunque Miguel por su salud de fierro estaba garantido contra las pulmonías, no dejaba de ser una barbaridad correr a la huerta, en camisa de dormir para castigar a un chuncho cantor.

Hasta aquí llegaba en mi relación, cuando noté que Elena me escuchaba con demasiada emoción. Sus dos enormes ojos azules estaban preñados de lágrimas, y su pecho se alzaba agitado por una respiración nerviosa.

—Señora: eso no es lo convenido—le dije—usted se está impresionando.

—No, no—me contestó, azoradamente—siga usted contando. Me interesa mucho.

—Bueno—al poco rato, sentí un disparo cerca de la ventana e inmediatamente un volido rápido, que indicaba que el chuncho había escapado sano y salvo.

Un instante después, allá más lejos y desde la copa de un árbol, salían los mismos gritos metálicos y cortantes de ese avechucho incómodo, Miguel me golpeó la ventana:

—¿Has visto animal más porfiado?—me dijo—¿lo sientes allá lejos? ¡Pues allá lo voy a matar!

Y sentí en efecto que Miguel corría hacia el fondo de la huerta. Unos diez minutos más tarde, el segundo disparo resonaba en el silencio de la noche, y no tardó en abrirse ruidosamente la puerta del dormitorio y entrar Miguel, diciendo con una alegría verdaderamente infantil.

—Lo he muerto, Angel. Cayó como una flecha al suelo. Mañana lo buscaremos... Pero; ¡cáspita con el frío!

—¡Señora!—volví a decirle a Elena—¡usted se impresiona demasiado! No sigo adelante.

—¡Oh!—dijo, refunfuñando, Ricardo—no le hagas caso; sigue no más...

—Bien. Al día siguiente al levantarme, Miguel, que siempre lo hacía dos horas antes que yo, permanecía en la cama.

—Me siento mal—me dijo—estoy algo afebrado y siento aquí en la espalda una punzada.

—¡Malo, malo!—dije yo.—Llamaré al doctor Ruiz, que está aquí en Coltauco. Lo divisé antes de ayer.

No les pondero, si les aseguro que Miguel se nos fué en veinticuatro horas. Ruiz me aseguraba que jamás había presenciado una pulmonía más fulminante. Se lo voló la fiebre; todo fué inútil. Llegó el cura, lo absolvió y le puso la extremaunción. Había muerto.

—¿Ahora me preguntarán ustedes si me asustan los chunchos?

—Pues les aseguro que no. Me río de ellos, como me he reído siempre y como me reiré toda la vida.

—Hoy no duerme la señora Elena—dijo Ricardo en tono zumbón.

Y un momento después, sentados en torno de la mesa, bebíamos la taza de té, riéndonos de muchísimas cosas divertidas.

Veinte días más tarde recibí en Santiago el siguiente telegrama: «Elena ha muerto, avisa a familia. Voy con cadáver en el expreso de mañana».—Ricardo.